

Si bien me miro, nunca me ha hecho injuria criatura ninguna, y por eso no puedo quejarme de ti con justicia.

3. Pues, como he pecado grave y frecuentemente contra ti, justamente se arma toda la creación contra mí.

Yo merezco humillaciones y desprecios; tú, alabanza, honor y gloria.

Si no me preparo a querer sinceramente que todas las criaturas me desprecien y abandonen, y a parecer pura nada, no podré alcanzar la paz durable del alma, ni la iluminación del espíritu, ni la unión perfecta contigo.

Capítulo XLII

NUESTRA PAZ NO DEBE DEPENDER DE LOS HOMBRES

1. *Cristo:* Hijo, si tú haces depender la paz de alguna persona, por simpatizar con ella y poder convivir con ella, vivirás con inestabilidad y embarazo.

Mas si recurres a la verdad inmortal y eterna, no te afligirá la separación ni la muerte de tus amigos.

En mí debe apoyarse el cariño de los amigos; por amor a mí, se debe amar al que en esta vida parezca bueno y muy amable.

La amistad sin mí no tiene fuerza ni duración. La única amistad verdadera y pura es la amistad de los que yo uno.

Tan muerto debes estar a esos sentimientos de amistad que, por lo que a ti toca, prefieras vivir sin ningún humano consorcio.

Cuanto más se retira el hombre de todo consuelo terreno, tanto más se acerca a Dios.

Y tanto más asciende hacia Dios cuanto más profundamente desciende en sí mismo, y para sí menos vale.

2. Quien algún bien se atribuye, impide la llegada de la gracia divina, porque la gracia del Espíritu Santo busca corazones humildes.

Si te aniquilaras plenamente, y vaciaras tu corazón de todo amor a las criaturas, iría yo a ti y te daría grande gracia.

Cuando miras a las criaturas, te estorban la vista del Creador.

Aprende a vencerte en toda ocasión por amor a tu Creador; entonces podrás poseer el conocimiento de Dios.

Por pequeño que sea lo que se ama y se mira fuera del orden, retarda la llegada a lo infinito, y corrompe el corazón.

Capítulo XLIII

CONTRA LA VANA CIENCIA MUNDANA

1. *Cristo*: Hijo, no te deslumbren las bellas y pulidas frases de los hombres, pues «el reino de Dios no está en las palabras, sino en la virtud».

Atiende a mis palabras, las cuales abrasan los corazones, alumbran las inteligencias, causan compunción, y derraman múltiple consolación.

Nunca leas ni una sola palabra con el fin de aparecer más docto, o más sabio.

Que tu estudio sea la mortificación de las pasiones. Ese estudio te aprovechará más que aprender muchas y difíciles cuestiones.

2. Después de leer y aprender muchas cosas es fuerza volver siempre al único principio.

Yo soy el que enseña la ciencia a los hombres, y doy a los chiquitos conocimientos más elevados de lo que puedan enseñar los hombres.

Pronto se hará sabio y progresará mucho en el espíritu el hombre a quien yo hable.

¡Ay de aquellos que muchas cosas curiosas preguntan a los hombres, sin cuidar bastante del modo de agradarme!

Pues llegará un día en que Cristo, el maestro de los maestros y Señor de los ángeles, vengan a oír los discursos de todos, es decir, a examinar la conciencia de todos. Entonces por toda Jerusalén se busca-

rá con lámparas, se descubrirán secretos ocultos en las tinieblas, y aquellas lenguas que tanto argumentaban guardarán silencio.

3. Yo soy el que en un momento eleva la inteligencia humilde, para que entienda más razones de la verdad eterna que cualquier otro que hubiera estudiado diez años en universidades.

Yo enseño sin ruido de palabras, sin enredo de opiniones, sin arrogancia de fama, sin debate de argumentos.

Yo soy quien enseña el desprecio de lo terrenal, el tedio de lo presente, el interés por lo eterno, el gusto de lo del cielo, la fuga de los honores, el soportar los escándalos con paciencia, el poner en mí toda la esperanza, el desearme exclusivamente a mí, el amarme a mí sobre todas las cosas.

4. En efecto, hubo uno que amándome con toda el alma aprendió cosas divinas y decía cosas maravillosas.

Más aprendió abandonando todas las cosas que estudiando sutilezas.

A unos les hablo cosas generales, a otros especiales. Me les revelo a algunos poco a poco por medio de signos y figuras; a otros revelo misterios con mucha claridad.

La voz de los libros es una misma; pero no los plasma a todos igualmente. Porque yo soy el que interiormente enseña la verdad, el que escudriña los corazones, el que penetra los pensamientos, el

que inspira las acciones, el que distribuye a cada cual conforme a lo que ve justo.

Capítulo XLIV

NO ATRAIGAMOS A NOSOTROS LAS COSAS EXTERIORES

1. *Cristo*: Hijo, es fuerza que seas ignorante de muchas cosas, que te juzgues muerto sobre la tierra, y que consideres que todo el mundo está crucificado para ti.

Hay otras muchas cosas que debes oír con orejas de sordo, pensando antes bien en lo conducente a vivir en paz.

Es más provechoso hacerse de la vista gorda respecto a cosas que a uno le disgusten, dejando que cada cual siga su parecer, que meterse en disputas enojosas.

Si tú estás bien con Dios, y te atienes a su juicio, aguantarás con bastante facilidad el quedar vencido.

2. *El alma fiel*: Señor, ¡hasta qué punto hemos llegado! Se lamentan las pérdidas temporales, la gente corre a trabajar por una pequeña ganancia. En cambio, hasta se olvidan las pérdidas espirituales, y apenas si a la larga se recuperan.

Se hace caso de cosas que son de poca o ninguna utilidad. En cambio, lo sumamente necesario se omite por descuido; porque el hombre entero se derrama al mundo exterior, y si no se arrepiente pronto, se arrastra fascinado en medio de las cosas del mundo exterior.

Capítulo XLV

NO SE DEBE CREER A TODOS, PORQUE ES FACIL CAER AL HABLAR

1. *El alma fiel*: Señor, «mándame tu ayuda en la tribulación, porque nula es la salvación humana».

¡Qué seguido no he hallado lealtad donde hallarla creía! Por otra parte, ¡qué seguido la he hallado donde menos lo pensaba!

La esperanza en hombre es insegura; la salvación del justo está en ti, Dios mío.

Bendito seas, Señor, Dios mío, por todas las cosas que me suceden.

Somos débiles e inestables: fácilmente nos engañamos y nos mudamos.

2. ¿Habría alguna persona que en todas las ocasiones pueda guardarse con tanta precaución y circunspección que nunca caiga en lazo ninguno, ni se

meta en un atolladero de donde no halle cómo salir?

Es verdad, Señor. Pero el que en ti confía y con sincero corazón te busca, no caerá con tanta facilidad.

Y si llegare a caer en alguna tribulación, pronto lo sacarás de ella, o al menos lo consolarás, como quiera que se haya enredado; porque tú, Señor, jamás abandonas a quienes ponen en ti su esperanza hasta el fin.

Raro es el amigo que acompaña a su amigo en todos los apuros.

Tú solo, Señor, eres el fiel entre todos; fuera de ti no hay ninguno semejante.

3. ¡Qué sabiduría la de aquella alma santa, al decir: «Mi alma está cimentada y afianzada en Cristo»!

Si yo estuviera así, ni el temor humano tan fácilmente me inquietara, ni las flechas de las palabras me hicieran menear.

¿Quién es capaz de prever todas las cosas? ¿Quién puede precaverse contra males futuros? Si los dardos que se ven llegar, hieren a pesar de todo, ¿no herirán gravemente los imprevistos?

Pero, ¿por qué no me cuidé más a mí pobrecito? ¿Por qué creí a otros con tanta facilidad? Pues porque somos hombres, nomás frágiles hombres, aunque otros nos consideren como ángeles, y hasta ese nombre nos den.

¿A quién he de creer, Señor? ¿A quién sino a ti?

Porque tú tienes la verdad que no puede engañarnos ni engañarse.

En cambio, «todo hombre es mentiroso», débil, inestable y caedizo, principalmente en palabras; de manera que apenas se puede creer luego lo que parece verdad.

4. ¡Con cuánta prudencia nos advertiste que nos precaviéramos de los hombres, que los enemigos del hombre son los mismos domésticos suyos, que cuando nos dijeran «acá está o allá está» no les creyéramos!

Una vez escarmenté en cabeza propia; ojalá que me sirva para mayor precaución, para no ser tan aturdido. «Cuidado, cuidado» me dijo uno. «Resérvate lo que te voy a decir». Y mientras que yo callo lo que me dijo y lo creo secreto, él mismo no pudo callar lo que me pidió que callara; sino que se entregó, me entregó, y se fue.

Señor, protégeme contra esos servidores, contra esos hombres indiscretos: que no caiga en sus manos, y que no cometa yo faltas semejantes.

Ponme en la boca palabras buenas y sinceras; aleja de mí todas esas lenguas astutas. Absolutamente debo evitar lo que no quiero sufrir.

5. ¡Qué cosa tan buena, cuánta paz produce, el guardar silencio acerca de los demás, el no creer todo indiferentemente, el abstenerse de contarlo más adelante, el abrir su corazón a pocos, el buscarle continuamente a ti que miras los corazones, el no dejarse arrastrar como veletas por cualquier ra-

cha de palabras, el desear que todas las cosas íntimas del alma, y también todas las exteriores, se hagan conforme a tu voluntad!

¡Qué seguro es para guardar la gracia celestial el huir de aparecer entre los hombres, no deseando nada de esas cosas que exteriormente llaman la admiración, siguiendo con todo empeño las cosas que sirven para la enmienda de la vida y para la piedad!

¡A cuántos ha perjudicado la virtud divulgada, y antes de tiempo elogiada! ¡Cuánto provecho ha hecho la gracia guardada en secreto, en esta vida llamada «pura tentación y combate»!

Capítulo XLVI

CONFIANZA EN DIOS CUANDO NOS CRITICAN

1. *Cristo*: Hijo, no te menees, espera en mí. Al cabo ¿qué son las palabras sino meras palabras? Vuelan por el aire, sin hacerles mella a las rocas.

Si eres culpable, enmiéndate de buena gana. Si la conciencia no te remuerde, sufre las críticas por Dios y de buena gana también.

Es bastante poco que aguantes a veces palabras, ya que unos buenos azotes no puedes aguantar.

¿Por qué te llegan hasta el alma esas cosillas tan

pequeñas, sino porque eres todavía carnal, y haces demasiado caso de los hombres?

Como tienes miedo a los desprecios, no quieres que te reprendan por tus faltas, y así andas buscando sombrillas de disculpas.

2. Mírate más de cerca, y verás cómo todavía vive en ti el mundo, con el insensato deseo de dar gusto a los hombres.

Cuando rehuyes las humillaciones y confusiones por tus faltas, pruebas claramente que ni eres humilde de veras, ni estás de veras muerto al mundo, ni el mundo está crucificado para ti.

Tú oye mis palabras, y no harás ningún caso de infinitas palabras de los hombres.

Si contra ti se divulgaran todas las calumnias, ¿qué mal te hicieran si las dejaras correr sin importarte un bledo? ¿Podrían todos esos chismes arrancarte un solo pelo?

3. Mas el que no tiene su corazón recogido, ni a Dios ante sus ojos, fácilmente se menea al oír palabras de censura.

Por otra parte, el que confía en mí sin querer apoyarse en el juicio propio, ningún miedo les tendrá a los hombres.

Yo soy el juez sabedor de todos los secretos: sé cómo pasó la cosa, quién hizo la injuria, y quién la recibió.

De mí salió esa palabra, yo permití que tal cosa sucediera, «para que se revelaran los secretos pensamientos de muchos corazones».

Yo juzgaré al culpable y al inocente; pero por juicio oculto quise antes probar a los dos.

4. El testimonio humano es a menudo falaz; mi juicio se apoya en la verdad; se sostendrá, y no lo echarán abajo.

Mi juicio es generalmente oculto; pocos en cada caso lo ven; pero jamás es errado, ni puede serlo, aunque a gente insensata le parezca torcido.

Por eso, debe recurrirse a mí en todo juicio, sin apoyarse en el propio sentir.

El justo no perderá la tranquilidad, «mándeles Dios lo que quiera». Aunque se diga de él algo injusto, poco le importará.

Tampoco se alegrará vanamente cuando lo disculpen otros con buenas razones, porque considera que yo juzgo examinando las entrañas y el corazón, sin atender a la cara ni a las apariencias humanas.

Con frecuencia aparece a mis ojos culpable lo que a juicio de hombres parece laudable.

5. *El alma fiel*: Señor Dios, juez justo, fuerte y paciente; tú que conoces la fragilidad y pequeñez humanas, sé mi fuerza y mi entera confianza, porque mi conciencia no me basta.

Tú sabes lo que yo no sé; por eso debo humillarme cuando me reprenden, y sufrir las represiones con mansedumbre.

Perdóname todas las veces que haya faltado en esto, y dame la gracia de aguantar mejor.

Prefiero tu gran misericordia para la obtención

del perdón, a mi supuesta justicia basada en mi recta conciencia.

«Aunque la conciencia no me remuerde de nada», no puedo justificarme con eso. Porque, «si se quita tu misericordia», ningún ser viviente podrá justificarse.

Capítulo XLVII

TUDO LO PESADO DEBE AGUANTARSE POR LA VIDA ETERNA

1. *Cristo*: Hijo, que los trabajos que por mi causa has emprendido no vayan a quebrantar tu ánimo; que jamás te abatan las tribulaciones. Que mi promesa te de fuerzas y consuelo en todos los acontecimientos.

Soy capaz de recompensarte sobre todo modo y toda medida.

No trabajarás aquí largo tiempo, ni estarás siempre agobiado de dolor. Espera tantito, y verás qué pronto se acaban todos estos males. Llegará una hora en que se acabarán trabajos y turbaciones.

Es poco y dura poco todo lo que con el tiempo acaba.

2. Haz bien lo que hagas. Trabaja honradamente en mi viña: yo mismo seré tu recompensa.

Dedícate a escribir, a leer, a cantar; llora, calla, reza; aguanta como hombre las adversidades, que la vida eterna vale todas esas penas y otras peores todavía.

Llegará la paz un día que sólo el Señor sabe. Entonces ya no habrá día y noche de éstos de ahora, sino continua luz, claridad infinita, paz imperturbable, reposo seguro.

No dirás entonces: «¿Quién me libraré de este cuerpo de muerte?» Tampoco te quejarás, diciendo: «¡Ay de mí, cuánto se alarga mi destierro!» Porque la muerte será despeñada, y la salvación será segura; no habrá entonces ansiedad ninguna, sino alegría dulcísima, amable y honorable compañía.

3. Si pudieras ver el eterno premio que los bienaventurados gozan en el cielo, si pudieras ver de cuánta gloria están gozando ahora los que en otro tiempo parecían al mundo despreciables y hasta indignos de vivir, seguramente hasta la tierra te humillarías, prefiriendo estar sujeto a todos que mandando a uno solo. No desearías días alegres aquí en el mundo; antes bien gozarías de sufrir tribulaciones, y hasta tendrías por grandísima ganancia el ser tenido en nada entre los hombres.

4. ¿Te atreverías a quejarte una sola vez, si estas consideraciones rumiaras, y hasta el fondo del corazón te penetraran?

¿Verdad que se deben aguantar todos los trabajos por alcanzar la vida eterna?

Ganar o perder el reino de Dios no es una cosa de poca importancia.

Alza los ojos al cielo. Aquí estamos yo y todos los santos. Ellos pelearon en el mundo reñidas batallas; pero ahora están gozando, ahora están llenos de consuelo, están seguros, están descansando; estarán eternamente conmigo en el reino de mi Padre.

Capítulo XLVIII

ETERNIDAD FELIZ; VIDA MISERABLE

1. *El alma fiel:* ¡Oh, vida felicísima en la ciudad de allá arriba! ¡Oh, día espléndido de la eternidad, sin oscuridades nocturnas, continuamente alumbrado por la verdad suprema: día siempre lleno de alegría, día siempre seguro, sin alternativas o cambios ningunos!

¡Ojalá que ese día ya hubiera despuntado por entre estas tinieblas, y que todas estas cosas transitorias ya hubieran pasado!

Ese día ya baña a los santos con su claridad infinita y eterna; mas a los que aún peregrinan por este mundo apenas les llegan unos lejanos y pálidos rayos a través de niebla densísima.

2. Bien sienten los ciudadanos celestes qué feliz es aquella; tristemente lloran los desterrados hijos

de Eva por las grandes amarguras y fastidio de ésta.

Sí, los días de esta vida son «pocos y tristes», todos llenos de dolor y de ansiedad.

Días en que la humanidad se mancha de muchos pecados, en que muchas pasiones la avasallan, muchos temores la perturban, muchos cuidados la tienen distraída, muchas curiosidades llaman su atención, muchas vanidades la deslumbran, muchos errores la envuelven por todas partes, muchas fatigas la quebrantan, las tentaciones la acosan, los placeres la enervan, la miseria la tortura.

3. ¿Cuándo terminarán tantos males? ¿Cuándo me veré libre de la horrible esclavitud de los vicios? ¿Cuándo, Señor, pensaré sólo en ti? ¿Cuándo seré plenamente dichoso en ti?

¿Cuándo poseeré sin trabas ningunas la libertad verdadera, sin embarazo ninguno en el alma y en el cuerpo?

¿Cuándo habrá paz sólida, paz imperturbable y segura, paz interior y exterior, paz plenamente afianzada?

¡Oh, buen Jesús! ¿Cuándo llegaré a verte? ¿Cuándo contemplaré la gloria de tu reino? ¿Cuándo serás para mí todo en todas las cosas?

¡Oh! ¿Cuándo estaré contigo en tu reino, en ese reino que desde toda la eternidad para tus escogidos destinaste?

Estoy abandonado, pobre y desterrado, en tierra de enemigos, donde diariamente se combate y enormes calamidades nos acaban.

4. Consuélame en este destierro, mitiga mi dolor, pues todos mis suspiros se elevan hacia ti.

Todo consuelo que este mundo me da, es para mí, puro fastidio.

Deseo gozarte con mi alma, pero no puedo abrazarte.

Querría estar apegado a las cosas celestiales; mas las cosas terrenales y mis pasiones inmortificadas a la tierra me atraen.

Con el alma querría sobreponerme a todas las cosas; con la carne, me veo forzado a sujetarme a ellas.

Así yo, hombre infeliz, estoy en guerra contra mí mismo, «y me he hecho molesto a mí mismo», pues el espíritu quiere subir, y la carne bajar.

5. ¡Oh, qué pasa en mi interior, que al estar considerando con la mente las cosas del cielo, una chusma importuna de pensamientos carnales me asedia!

¡Dios mío, de mí no te retires, ni te apartes con ira de éste tu esclavo!

Lanza un rayo de tu luz, y disípalos; huyan des-pavoridas todas esas diabólicas fantasías.

Recoge mis sentidos hacia ti; haz que eche en olvido todo lo mundano, que desprecie pronto y rechace todas esas calenturientas imaginaciones sensuales.

Socórreme, verdad eterna; que ninguna vanidad triunfe de mí.

Ven, dulzura del cielo; lanza fuera de mí toda impureza.

Perdóname y olvida misericordioso todas las veces que en la oración piense en algo que no seas tú.

Te confieso con toda verdad que generalmente tengo muchas distracciones.

Muchas veces no estoy donde mi cuerpo está parado o sentado, sino donde la imaginación me ha llevado.

Estoy donde está mi pensamiento; y mi pensamiento está frecuentemente donde está el objeto de mi amor.

Pronto me ocurre lo que por naturaleza o por costumbre me gusta.

6. Por lo cual, oh verdad, nos dijiste claramente: «Donde está tu tesoro, allí está tu corazón». Si tengo amor al cielo, en cosas celestes me gusta pensar.

Si tengo amor al mundo, de las prosperidades mundanas me alegro, de sus adversidades me aflijo.

Si tengo amor a la carne, cosas carnales me imagino a menudo.

Si amo al espíritu, en cosas espirituales me deleito en pensar.

Me encanta hablar de lo que amo, y oír hablar de eso mismo, trayendo a casa tales pensamientos.

Pero dichoso, o Dios mío, aquel hombre que todas las criaturas expulsa por tu amor; el que hace violencia a su naturaleza reprimiendo sus concupiscencias con el ardor del espíritu, para ofrecerte

con tranquila conciencia una oración pura, haciéndose digno de asistir a los coros de los ángeles, prescindiendo de todo lo terrenal, tanto en el interior de su alma como fuera de ella.

Capítulo XLIX

ANHELO POR LA VIDA ETERNA; PREMIO PROMETIDO A LOS LUCHADORES

1. *Cristo*: Hijo, al sentir que de arriba se te infunde el deseo de la eterna felicidad, deseando salir de la temporal habitación de este cuerpo para poder contemplar mi claridad sin sombra ninguna de alternativa, abre el pecho y recibe con todo ardor esa inspiración santa.

Da gracias muy fervientes a la bondad de las alturas, porque te trata con tanta clemencia, porque viene graciosamente a visitarte, porque te estimula ardientemente, te eleva poderosamente, para que no resbales por tu propio peso hasta venir a caer en las cosas terrenales.

En realidad no obtienes tal deseo por tu propia meditación y esfuerzo, sino únicamente por la bondad de la gracia celeste y la atención divina, para que con mayor humildad prograses en las virtudes, y te prepares a luchas peores, para que pongas todo

tu empeño en permanecer unido a mí con todo el ardor de tu corazón, sirviéndome con férvida voluntad.

2. Hijo, prende el fuego, pero la llama no suele subir sin humo. Así también suben hacia el cielo los anhelos de varios, sin estar libres de la impureza de los afectos carnales. Por esa misma razón tampoco intentan el puro honor de Dios en lo que con tanto anhelo le piden. Así son frecuentemente tus deseos que ya indicaste serían tan importunos.

No es puro ni perfecto lo que de interés propio está infecto.

3. No pidas lo que te guste y te acomode, sino lo que a mí me guste y me honre; porque el recto juicio te hará preferir mis órdenes a tus deseos y a cuantas cosas desees, y observarlas.

Conozco tus deseos; he oído tus frecuentes gemidos. Ya querías vivir en la libertad gloriosa de los hijos de Dios; ya te deleita la patria celeste, la mansión eterna desbordante de felicidad. Sí, pero no llega esa hora todavía. Este es tiempo diferente, tiempo de guerra y de prueba.

Querías hartarte del bien supremo; pero no lo puedes lograr ahora. Yo soy ese bien supremo; espérame hasta que venga el reino de Dios.

4. Todavía tienes que ser probado en la tierra y pasar por muchos ejercicios.

Se te darán consuelos de cuando en cuando; mas la plena saciedad no se te concederá.

«Fortalécete, pues, y cobra bríos», así en el ha-

cer como en el padecer cosas que a la naturaleza contrarían.

Necesitas revestirte de nueva humanidad, y en hombre diferente cambiarte.

Necesitarás muchas veces hacer lo que no quieras, y lo que quieras, dejarlo.

Lo que a otros agrade, se seguirá; lo que a ti te guste, de allí no pasará.

Lo que otros digan se escuchará; de lo que tú digas, ningún caso harán. Otros pedirán, y se les dará; tú pedirás, y nada conseguirás.

De otros se harán lenguas los hombres; de ti no se dirá nada.

A otros se encargará esto y aquello; a ti te crearán bueno para nada.

A veces se contristarán la naturaleza por tales cosas, y mucho será, si el silencio lo puedes sufrir.

En estas cosas y otras muchas semejantes se suele probar la fidelidad del siervo de Dios, cuánta abnegación tenga, y si en todo se podrá vencer.

Apenas hay cosa en que tan fuertemente necesitas mortificarte como en abrazar y sufrir lo que a tu voluntad contraría; sobre todo cuando se mandan cosas incómodas que a ti te parecen de poca utilidad. Como no te atreves a resistir a la voluntad del superior bajo cuya obediencia estás, duro te parece el moverte al arbitrio ajeno dejando todos tus modos de ver.

5. Pero, medita, hijo, el fruto de tales trabajos, su pronto fin, su premio enormemente grande, y no

sentirás pesar, sino intenso consuelo del alma por tu paciencia.

En cambio de unas cuantas veces que abandonas tu voluntad sobre la tierra, la harás eternamente en el cielo.

En efecto, allí encontrarás todo lo que quieras, todo lo que puedas desear: allí tendrás la posesión del bien total, sin temor ninguno de perderlo.

Allí tu voluntad, que será siempre la misma mía, jamás querrá nada extraño ni personal.

Allí nadie te hará oposición, nadie se quejará de ti, nadie te estorbará, nada será un obstáculo en tu camino: tendrás presentes al mismo tiempo todas las cosas que desees, te aquietarán todos los anhelos, y los colmarán hasta arriba.

Allí daré gloria por afrenta, alegría por pesar: trono real y eterno, por el último lugar.

Allí aparecerá el fruto de la obediencia, la penitencia laboriosa tendrá sus goces, y la humilde sujeción será coronada de gloria.

6. De manera que inclínate ahora bajo la mano de todos; no te preocupes de quien haya dicho u ordenado tal cosa.

Preocúpate muchísimo de recibir bien y de procurar hacer con sincera voluntad todo aquello que el superior, el inferior, el igual te hayan pedido o indicado que quieren.

Que unos busquen una cosa, y otros otra; que se ufane éste de esto y aquel de aquello, y se le den innumerables alabanzas. Tú no te ufanes ni de esto ni

de aquello; goza en ser despreciado, y en que a mí sólo se agrada y se honre.

Tu ardiente anhelo debe ser que con tu vida o con tu muerte, sea Dios en ti glorificado para siempre.

Capítulo L

LOS TRISTES DEBEN PONERSE EN MANOS DE DIOS

1. *El alma fiel*: Señor Dios, Padre Santo, bendito seas ahora y para siempre, porque se hizo lo que quisiste, y es bueno lo que haces.

Que tu siervo se alegre en ti, no en sí, ni en otro alguno; porque tú solo eres la alegría verdadera, mi esperanza, mi corona, mi gozo y mi honra, Señor.

¿Qué cosa tiene tu siervo sino lo que ha recibido de ti sin merecerlo? Tuyo es todo lo que has dado y has hecho. «Desde mi juventud soy pobre y vivo en mis trabajos». Mi alma se entristece a veces hasta salirle lágrimas; otras veces se espanta por la amenaza de mis furiosas pasiones.

2. Suspiro por obtener la paz; clamo por esa paz de los hijos de Dios que muestras con la luz de tu consolación.

Si concedes la paz a tu siervo, si derramas santa

alegría en su seno, su alma estará toda llena de armonía, y piadosa te ensalzará.

Pero, si te retiras, como tantas veces lo haces, no podrá correr por el camino de tus preceptos. No; antes se le doblan las rodillas y se da golpes de pecho; porque no le va como antes, cuando arriba brillaba tu lámpara, y de la furia de las tentaciones bajo la protección de tus alas se guarecía.

Padre justo y eternamente laudable, le ha llegado a tu siervo la hora de la prueba. Padre amable, es conveniente que tu siervo padezca algo por tu amor en esta hora.

Padre eternamente venerable, ha llegado la hora que desde la eternidad sabías que había de llegar en que exteriormente y por poco tiempo sucumba tu siervo, pero siguiendo vivo interiormente contigo.

Sí, tenía que llegar una hora en que fuera un poquito vilipendiado y humillado, y desfalleciera aparentemente ante los hombres, en que fuera hecho pedazos por sufrimientos y languideces.

Sí, pero a fin de resucitar contigo en la aurora de un nuevo día, y revestirse de luz entre los ciudadanos del cielo.

Padre Santo, así lo ordenaste, así lo quisiste; se cumplió lo que mandaste.

3. Es gracia que concedes a tus amigos, el sufrir y ser afligidos por tu amor en este mundo, siempre que tú quieras, y del que tú quieras.

Todo lo que pasa en la tierra es por plan y providencia tuyos, y con causa.

«Bueno es que me hayas humillado, Señor, para entender tus juicios», y también para despojarme de toda soberbia y altivez del espíritu.

Me aprovechó que la confusión haya cubierto mi rostro, para buscar mi consuelo más bien en ti que en los hombres.

También aprendí de allí a sentir pavora ante la insondable profundidad de tus juicios: cómo atribulas al justo con el pecador, mas no sin equidad y justicia.

4. Te doy gracias de no haberme escatimado el castigo de mis faltas; de haberme rasgado las carnes con terribles azotes, causándome dolencias, llenándome de angustias en el cuerpo y en el alma.

Entre todas las cosas que existen acá abajo del cielo no hay cosa alguna que me consuele. Solamente tú, Señor Dios mío, celeste médico de las almas, «que a la tumba haces bajar, y de allá vuelves a llamar».

Tu disciplina me educará, y tu vara me hará aprender.

5. Padre amado, estoy en tus manos: me inclino a recibir tus varazos de corrección. Azótame por la espalda y por la nuca, para que lo torcido en mí se enderece conforme a tu voluntad.

Conviérteme en discípulo piadoso y dócil, como tan bien sueles hacerlo, para que a una seña tuya te obedezca.

Entrego mi ser y todo lo mío a tu corrección. Es mejor sufrir represiones aquí que después.

Tú sabes todas y cada una de las cosas, sin que nada se te escape en los repliegues de la conciencia del hombre.

Sabes el futuro antes que venga, y no necesitas que nadie te avise o te advierta de lo que pasa en la tierra.

Tú sabes qué es lo que conviene a mi provecho, y qué buena es la tribulación para limpiar la herrumbre del vicio.

Haz conmigo el beneplácito de tu voluntad, cosa tan ardientemente deseada por mí. No mires con asco esta vida pecadora mía que nadie ve mejor ni más claramente que tú.

Concédeme, Señor, saber lo que debe saberse; amar lo que debe amarse; alabar lo que sumamente te agrada, apreciar lo que para ti es precioso, y sentir repugnancia por aquello que es sucio a tus ojos.

No me dejes juzgar conforme a la visión de los ojos corporales, ni sentir conforme al oído de las orejas de hombres insensatos; haz que discierna con recto juicio entre las cosas visibles y las espirituales; y, más que todo, haz que investigue continuamente qué es lo que te agrada.

6. Las facultades del hombre se engañan a menudo cuando juzga. Los enamorados del siglo se engañan también al amar nomás lo visible.

¿Será mejor un hombre porque otros lo crean mejor? El hombre falaz engaña a otro hombre falaz, el hombre vacío engaña a otro hombre casquivano, el hombre ciego, engaña a otro hombre ciego, el

hombre enfermo, engaña a otro hombre enfermo, cuando lo alaba. En realidad, más bien lo confunde cuando vanamente lo alaba. Pues como dice el humilde San Francisco: «el hombre es lo que a tus ojos es, y nada más».

Capítulo LI

HACER COSAS HUMILDES CUANDO NO SE PUEDEN HACER GRANDES

1. *Cristo*: Hijo, no eres capaz de estar continuamente inflamado en ardientes deseos de virtud, ni de permanecer en sublime contemplación. De vez en cuando necesitas descender a cosas más humildes, llevando sin querer y con fastidio la carga de esta vida corruptible, a causa de la corrupción original. Mientras lleves este cuerpo mortal, sentirás tedio y malestar en el alma.

Estando en carne, no se puede menos que gemir frecuentemente agobiado por el peso de la carne, por no poder dedicarse uno sin cesar a ocupaciones espirituales y a la divina contemplación.

2. En tales circunstancias te conviene buscar un refugio en la práctica de obras corporales y humildes, cobrando fuerzas con ellas, esperando con firme confianza mi llegada y la visita celeste, sufrien-

do con paciencia el destierro y la resequead del alma, hasta que por fin te visite y te saque de todas las angustias. haré que olvides las fatigas, que goces de la paz del alma.

Te abriré los campos de las Escrituras, para que con el pecho lleno de aliento empieces a correr por el camino de mis preceptos.

Entonces comprenderás aquello: «No son proporcionados los sufrimientos de esta vida con la gloria futura que se manifestará en nosotros».

Capítulo LII

JUZGUEMONOS DIGNOS DE AZOTES Y NO DE CONSUELOS

1. *El alma fiel*: Señor, no merezco tus consuelos, ni tus visitas espirituales. De modo que me tratas justamente cuando me abandonas a la miseria y a la desolación.

Pues aunque derramara tanto llanto como el mar, no merecería tus consuelos. Demanera que yo sólo merezco azotes y castigos, pues muchas veces te he ofendido gravemente, y he faltado en muchas cosas. Luego pensando con justicia, hasta de la más pequeña consolación soy indigno. Pero tú, Dios misericordioso y clemente; tú que no quieres ver pere-

cer las obras de tus manos; sin ningún mérito suyo te dignas consolar a tu siervo sobre toda manera humana, a fin de mostrar los tesoros de tu bondad que sobre tus vasos de misericordia derramas; pues tus consolaciones no son como las humanas consolaciones.

2. ¿Qué he hecho, Señor, para que me des cualquier consuelo celeste?

No me acuerdo haber hecho nunca nada bueno; sólo haber sido siempre inclinado a los vicios, y flojo para la enmienda. Esto es cierto, y no lo puedo negar. Si otra cosa dijera, tú me acusaras, sin haber quien me defendiera.

¿Qué otra cosa he merecido por mis pecados que el infierno con su fuego sempiterno? Sinceramente confieso merecer toda clase de burlas y desprecios, y ser indigno de vivir entre tus devotos. Y aunque no me guste oírlo, voy a echarme en cara mis pecados, poniéndome al lado de la verdad, para alcanzar tu misericordia con mayor facilidad.

3. ¿Qué voy a decir yo? ¿Qué dirá este culpable lleno de confusión? No tengo boca para decir sino esto: he pecado, Señor, he pecado; ten misericordia de mí; perdóname.

Déjame «llorar mis dolores un poquito, antes de partir hacia aquella tierra envuelta en tinieblas, cubierta con la sombra de la muerte».

¿Qué cosa exiges con tanto rigor del culpable y miserable pecador, como la contrición y la humillación por sus pecados?

De la contrición verdadera y humillación sincera del alma nace la esperanza del perdón; la turbia conciencia se aquieta, la gracia perdida se recupera, se protege el hombre contra la ira futura. Por fin Dios y el alma arrepentida se encuentran y se dan el ósculo santo.

4. La humilde contrición del pecador es un sacrificio que tú aceptas, Señor: es un sacrificio para ti más suave que el perfume del incienso.

Es también aquel unguento suave que sobre tus pies aceptaste que se derramara; porque jamás has desdeñado los corazones compungidos y humillados.

Allí está el refugio contra los ataques del enemigo. Allí se corrige y se lava todo aquello que se deformó y se manchó.

Capítulo LIII

QUE LA GRACIA DE DIOS NO SE DA A GENTE CARNAL

1. *Cristo:* Hijo, mi gracia es cosa preciosa. No consiente que se la mezcle con cosas extrañas, ni a consuelos terrenales. Si quieres recibir su infusión, necesitas desembarazar tu alma de todo aquello que pudiera estorbarla.

Vete a un lugar solitario, ama el estar solo contigo mismo, no hables con ninguno: eleva a Dios fervida plegaria, para que tengas traspasado de dolor el corazón, y pura la conciencia.

No tengas en nada al mundo entero; prefiere ocuparte en Dios que en todas las cosas del mundo exterior.

No podrás dedicarte a mí, si te dedicas igualmente a las cosas transitorias. Necesitas irte lejos de conocidos y amigos, y tener el alma apartada de todo consuelo de la tierra. Así, recomienda el apóstol San Pedro a los fieles de Cristo que guarden la debida continencia como extranjeros y viajeros errantes por el mundo.

2. ¡Oh, cuánta confianza tendrá el moribundo que ninguna criatura retiene en el mundo!

Pero ese desprendimiento completo del corazón de todas las criaturas no lo entiende todavía el espíritu enfermo; ni el hombre carnal entiende la libertad del hombre espiritual.

Empero, si quieres ser de veras espiritual, tendrás que renunciar igualmente a lo que esté lejos y a lo que esté cerca, y de nadie tener más precaución que de ti mismo.

Si llegaras a la victoria total sobre ti mismo, con mayor facilidad someterías todo lo demás bajo tu imperio. Porque la victoria total es el triunfo sobre uno mismo.

El verdadero triunfador de sí mismo, el señor del mundo, es aquel que se tiene dominado a sí

mismo, de modo que sus sentidos obedezcan a la razón, y la razón me obedezca en todo a mí.

3. Si aspiras a subir a ese vértice, necesitas comenzar varonilmente, dando hachazos a la raíz, para arrancar y acabar con la inclinación oculta y desordenada a ti mismo y a todo bien personal y natural.

De este vicio, es decir, del amor desordenado que el hombre se tiene, nace casi todo aquello que debe arrancarse de raíz. Una vez domado y arrancado ese vicio, vendrán luego gran paz y tranquilidad,

Pero como pocos se esfuerzan por adquirir la perfecta mortificación propia, sin tender totalmente hacia fuera de sí, se quedan todos enredados en sus pasiones, sin poder elevarse sobre sí mismos con el espíritu.

Mas el que desee caminar libremente conmigo necesita mortificar todos sus afectos torcidos y desordenados, y no apegarse con ardor a ninguna criatura, amándola por sí misma y no por Dios.

Capítulo LIV

DIVERSAS INCLINACIONES DE LA NATURALEZA Y DE LA GRACIA

1. *Cristo*: Hijo, examina con atención los movi-

mientos de la naturaleza y los de la gracia; pues dichos movimientos son muy opuestos, pero también tan sutiles que apenas los puede distinguir el hombre espiritual de inteligencia iluminada.

Es que todos desean el bien, y algún bien intentan en lo que dicen y hacen. La apariencia del bien es lo que engaña a muchos.

La naturaleza es astuta: a muchos los arrastra, los coge en sus lazos, los seduce: ella es siempre su propio fin.

La gracia es sencilla, huye de toda forma de mal, no tiende lazos a nadie, todo lo hace puramente por Dios, en quien descansa como en su fin.

2. La naturaleza tiene horror a la mortificación, a la represión de sus inclinaciones, al vencimiento propio, a la obediencia y a la sujeción.

La gracia ama dedicarse a la mortificación propia, resiste a las pasiones carnales, ama la sujeción, el vencimiento propio; no quiere hacer uso de la propia libertad, le gusta estar sujeta a la disciplina, no quiere dominar a nadie, desea vivir, estar, conservarse siempre sujeta a Dios; y por amor de Dios está dispuesta a inclinarse con humildad ante toda humana criatura.

La naturaleza trabaja por su propio interés, calculando qué ventaja podrá sacar del otro. La gracia no se fija en su utilidad y ventaja, sino en el provecho común.

La naturaleza recibe gustosa los honores y el respeto.

La gracia da fielmente a Dios toda la honra, toda la gloria.

3. La naturaleza teme las confusiones y los desprecios.

La gracia «goza de padecer afrentas por el nombre de Jesús».

La naturaleza ama la comodidad y el descanso corporal.

La gracia no puede estar sin hacer nada, y con gusto se dedica al trabajo.

La naturaleza quiere tener cosas curiosas y hermosas, y detesta lo bajo y lo burdo.

A la gracia le encanta lo sencillo y lo humilde, no rehúsa ásperas telas, ni se niega a usar ropa vieja.

La naturaleza mira a las cosas terrenales, se alegra de ganancias temporales, se aflige de perderlas, se irrita de cualquier palabrita ofensiva.

La gracia fija su atención en las cosas eternas, no se apega a las temporales, ni se aflige de perderlas, ni se exaspera de que le digan palabras bastante duras; porque ha depositado su tesoro y su alegría allá en el cielo, donde nada se pierde.

4. La naturaleza es codiciosa, y le gusta más recibir que dar, le gusta tener cosas propias y personales.

La gracia es compasiva y liberal, huye de lo singular, se contenta con poco, «juzga mayor dicha dar que recibir».

La naturaleza inclina a las criaturas, a la carne, a las vanidades, a andar de acá para allá.

La gracia empuja hacia Dios, hacia la virtud; renuncia a las criaturas, huye del mundo, abomina de los deseos carnales, restringe las salidas afuera, se ruboriza de aparecer en público.

A la naturaleza le gusta tener algún consuelo externo que deleite sus sentidos.

La gracia busca su consuelo únicamente en Dios, queriendo deleitarse solamente en el bien sumo, más que en cualquiera cosa visible.

5. La naturaleza hace todo por su propia ganancia y ventaja; no puede hacer nada de balde; por sus beneficios espera una compensación igual o mayor, o siquiera elogios o buena voluntad, deseando que sus dichos y hechos se ponderen mucho.

La gracia no busca ninguna cosa temporal, ni pide oro premio que a Dios solo, ni pide más bienes temporales necesarios que en aquella cantidad que le sirva para el logro de lo eterno.

6. La naturaleza se regocija de tener muchos amigos y parientes, se enorgullece de su nobleza y linaje, da gusto a los poderosos, adula a los ricos, aplaude a los que son del mismo modo.

La gracia ama a sus enemigos mismos, no se ufana de tener muchos amigos, no pondera su lugar de origen, ni su linaje; a no ser que haya habido allí una virtud más grande.

Favorece más al pobre que al rico, siente más

simpatía por el inocente que por el prepotente, congenia con el veraz, no con el falaz.

Estimula siempre a los buenos a aspirar a gracias más sublimes, y a parecerse al Hijo de Dios por sus virtudes.

La naturaleza pronto se queja de privaciones y molestias.

La gracia lleva con paciencia la miseria.

7. La naturaleza se convierte en el centro a donde convergen todas las cosas; alterca y lucha en defensa de sí misma.

La gracia vuelve a llevar todas las cosas a Dios, de quien tiene su origen; no se atribuye ningún bien, ni presume arrogantemente de él; no disputa, ni pretende que su opinión valga más que otras: en todo su sentir y entender se somete a la sabiduría eterna y al juicio de Dios.

La naturaleza quiere saber secretos y oír novedades; quiere aparecer afuera, y experimentar muchas cosas por medio de los sentidos; desea que la conozcan, y hacer cosas de donde le vengan elogios y admiración.

La gracia no cuida de noticias, ni de obtener cosas curiosas; pues todo eso proviene de la antigua corrupción, ya que no hay nada nuevo ni durable sobre la tierra.

Enseña, pues, el refrenamiento de los sentidos, a huir de la vana complacencia y ostentación, a ocultar humildemente lo digno de elogio y admiración, y a buscar en todas las cosas y en todas las ciencias

el provecho del prójimo y la honra y gloria de Dios.

No quiere que se la pregone a ella ni a sus cosas; anhela por que Dios sea bendito en sus dones, pues lo da todo por puro amor.

8. Esa gracia es cierta luz sobrenatural, cierta dádiva celestial y divina; es propiamente hablando la marca de los elegidos, la prenda de la eterna salvación. Esta gracia eleva al hombre de entre las cosas terrenales a enamorarse de las cosas celestiales: lo transforma de carnal en espiritual.

De manera que, cuanto más se reprima y se venza a la naturaleza, tanta mayor gracia se infunde; y con las nuevas infusiones de gracia de todos los días, el hombre interior se va conformando más y más a la imagen de Dios.

Capítulo LV

CORRUPCION DE LA NATURALEZA; FUERZA DE LA GRACIA

1. *El alma fiel:* ¡Oh, señor Dios que a tu imagen y semejanza me criaste, concédeme esa gracia que me has mostrado ser tan grande y tan necesaria para la salvación, para que triunfe por medio de ella de esta pésima naturaleza que me lleva al pecado y a la ruina!

Porque siento en mi carne una ley de pecado que contra la ley de mi espíritu guerra, que me lleva cautivo como esclavo de mis sentidos en muchas ocasiones, sin poder resistir a sus pasiones sin la ayuda de tu gracia santísima ardientemente infundida dentro de mi corazón.

2. En verdad que se necesita tu gracia, y gracia grande, para poder triunfar de esta naturaleza inclinada constantemente al mal desde la niñez.

Pues una vez caída por culpa del primer hombre, de Adán, y por su pecado corrompida, la pena de semejante mancha se propagó en todo el género humano; de modo que esa naturaleza, que tú creaste buena y recta, ya se la considera como esencialmente viciada, como enfermedad misma de la naturaleza corrompida, a causa de que sus movimientos, si se abandonan a sí mismos, se arrastran siempre hacia lo malo, hacia lo más vil.

La poca fuerza que le ha quedado es como una pequeña chispa cubierta por la ceniza. Esa chispa es la razón natural en grandes oscuridades envuelta, todavía capaz de discernir entre el bien y el mal, entre la verdad y el error, si bien incapaz de cumplir lo que aprueba, por no quedarle ya la plena luz de la verdad, ni tener salud en sus afectos.

3. De allí viene, Dios mío, que con el hombre interior me complazco en tu ley, convencido de que tus mandamientos son buenos, santos y justos, reprendiendo todo mal, admitiendo que debe evitarse el pecado.

Sin embargo, con la carne obedezco a la ley del pecado, siguiendo a la sensualidad y no a la razón. De donde hallo que la voluntad del bien está en mí, su ejecución no.

De allí viene que muchas veces hago buenos propósitos; pero al faltarme la gracia que ayuda a mi debilidad, luego por cualquier resistencia me hago atrás y desfallezco.

De allí que conozco el camino de la perfección, y veo con bastante claridad cómo debo portarme; mas oprimido del peso de mi propia corrupción no puedo subir a mayor perfección.

4. ¡Cuánto necesito de tu gracia, Señor, para empezar el bien, continuarlo y acabarlo!

Sin ti no puedo hacer nada; robustecido de tu gracia, puedo hacerlo todo contigo.

¡Oh gracia verdaderamente celeste, sin la cual ningún valor tienen nuestros merecimientos, ni valen nada nuestros mismos dones naturales!

Señor, sin la gracia nada valen las artes, ni las riquezas, ni la belleza, ni la fortaleza, ni el ingenio, ni la elocuencia. Los dones naturales son comunes a los buenos y a los malos. El don propio de los elegidos es la gracia o caridad; ésa los distingue, y los hace dignos de la vida eterna.

Tanta es la eminencia de esa gracia que ni el don de profecía, ni el de milagros, ni contemplación ninguna, por sublime que sea, valen nada, si ella falta.

Pero ni siquiera la fe, ni la esperanza, ni otra

virtud alguna son aceptables sin caridad y gracia.

¡Oh gracia beatísima que al pobre de espíritu enriqueces de virtudes, y al rico en muchos bienes lo haces humilde de corazón!

¡Ven hasta acá, lléname de consuelo en la mañana, para que mi alma no desfallezca de puro cansancio y sequedad espiritual!

Te suplico, Señor, que yo encuentre gracia a tus ojos; pues con tu gracia tengo, aunque no tenga nada de lo demás que la naturaleza codicia. Si fuere tentado y vejado de muchas tribulaciones, no tendré miedo de los males, si tu gracia estuviere conmigo.

La gracia es mi fortaleza: me aconseja y me ayuda.

La gracia es más poderosa que todos los enemigos; es más sabia que todos los sabios.

5. La gracia es maestra de la verdad, educadora en disciplina, luz del corazón, consuelo en los apuros, ahuyenta la tristeza, desaloja del alma el temor, alimenta la devoción, hace brotar las lágrimas.

¿Qué soy yo sin ella, sino un palo seco, un tronco que para nada sirve sino para tirarlo fuera?

«Que tu gracia se me anticipe, me siga, y me haga estar continuamente dedicado a buenas obras, por Jesucristo tu Hijo. Amén».

Capítulo LVI

RENUNCIEMONOS E IMITEMOS A CRISTO CON LA CRUZ

1. *Cristo*: Hijo, podrás pasarte a mí en la proporción con que puedas salir de ti.

La paz interior proviene de no desear nada exterior. Del mismo modo, el abandono interior de ti mismo produce la unión con Dios.

Quiero que aprendas la renuncia integral de ti mismo a mi voluntad, sin contraindicaciones ni murmuraciones.

Sígueme: «Yo soy el camino, la verdad y la vida». Sin camino no se va a ningún lado, sin verdad no se conoce, sin vida no se vive.

Yo soy el camino que debes seguir, la verdad que debes creer, la vida que debes esperar.

Yo soy el camino que no extravía, la verdad que no engaña, la vida que no se acaba.

Yo soy el camino derechísimo, la verdad suprema, la vida verdadera, la vida feliz, la vida increada.

Si sigues por mi camino, conocerás la verdad; la verdad te libertará y lograrás la vida eterna.

2. «Si quieres entrar a la vida, guarda los mandamientos». Si quieres conocer la verdad, créeme. «Si quieres ser perfecto, vende todo».

Si quieres ser mi discípulo, niégate. Si quieres

poseer la vida bienaventurada, desprecia la presente.

Si quieres ser exaltado en el cielo, humíllate sobre la tierra. Si quieres reinar conmigo, lleva la cruz conmigo.

Solamente los súbditos de la cruz hallan el camino de la felicidad y de la luz verdadera.

3. *El alma fiel*: Señor Jesús, puesto que tu vida fue pobre y despreciada del mundo, concédeme imitarte en el desprecio del mundo.

«No es más grande el criado que el amo, ni el discípulo superior al maestro». Que tu siervo se ejercite en imitar tu vida. En eso está mi salvación y la santidad real.

Lo que leo u oigo fuera de tu vida no me robustece ni me deleita plenamente.

4. *Cristo*: Hijo, puesto que ya sabes estas cosas y las has leído todas, dichoso tú si las haces.

«Quien conoce mis preceptos y los guarda, ese es el que me ama, y yo me le manifestaré», y lo haré sentarse conmigo en el reino de mi Padre.

5. *El alma fiel*: Señor Jesús, que sea como dijiste y prometiste, y que llegue yo a merecerlo.

De tu mano recibí la cruz. Sí, la recibí y la llevaré hasta la muerte como tú me la pusiste.

Realmente, la vida del buen religioso es una cruz, pero una cruz que lleva al paraíso. Ya se comenzó; ni se puede retroceder, ni se la debe arrojar.

6. Vamos, hermanos míos, marchemos juntos, que Jesús estará con nosotros.

Por Jesús hemos recibido esta cruz, por el mismo Jesús perseveremos en la cruz. El será nuestro auxiliador, pues es nuestro capitán y predecesor.

Allí va nuestro rey a la vanguardia para combatir en defensa nuestra. Sigámoslo valerosos; que nadie se acobarde. Estemos dispuestos a morir valientemente en el combate; «no manchemos nuestra gloria» abandonando la cruz, y huyendo.

Capítulo LVII

NO DESALENTARSE DEMASIADO AL CAER EN FALTAS

1. *Cristo*: Hijo, me agrada más la paciencia y la humildad en la adversidad, que muchos consuelos y mucha devoción en la prosperidad.

¿Por qué te contrista una cosita que en contra de ti se dice? Aunque fuera mayor no debieras inquietarte. Déjala pasar: ni es la primera, si es cosa nueva, ni tampoco será la última, si vives todavía bastante tiempo.

Eres bastante hombre cuando ningún contra-tiempo te viene.

Eres bueno para dar consejos, y sabes darles valor a otros con tus palabras. Mas cuando una repentina tribulación llama a tu puerta, los consejos y la fuerza se te acaban.

Mira, pues, esa gran fragilidad tuya; esa fragilidad que con bastante frecuencia sientes ante pequeños obstáculos. pero cuando esas cosas y otras semejantes os acontecen, para vuestra salvación os acontecen.

2. Quitatela del corazón lo más pronto que puedas. Si te lastimó, no te abatas, ni te preocupes largo tiempo.

Aguántala por lo menos con paciencia, si no puedes llevarla con alegría.

Aunque oigas con poco gusto que te critiquen, y hasta sientas cólera, reprímete; no vayas a permitir que alguna palabra descompuesta, escandalosa para los pequeños, salga de tu boca. Pronto se calmará la agitación, y se suavizará el dolor interno cuando vuelva la gracia.

Todavía estoy vivo y preparado para ayudarte, y consolarte más de lo ordinario, si confías en mí, y fervidamente me invocas.

3. Procura tener más ecuanimidad, y alistarte a aguantar más.

No está todo frustrado por sentirte a menudo atribulado, o gravemente tentado. Eres hombre y no Dios. Eres carne, y no ángel.

¿Cómo podrás tú estar continuamente en el mismo estado de virtud, cuando ni el ángel en el cielo, ni el primer hombre en el paraíso estuvieron?

Yo soy el que levanta el ánimo de los tristes, y a los que reconocen su debilidad los elevo a las alturas de mi divinidad.

4. *El alma fiel*: Señor, benditas sean tus palabras; esas palabras que a mis oídos son más dulces que la miel.

¿Qué hiciera yo, en tan grandes tribulaciones y angustias, si con tus palabras santas no me fortaleciera?

Con tal que llegue finalmente al puerto de salvación, ¿qué me importa cuáles sufrimientos y cuán grandes haya tenido?

Concédeme acabar bien; concédeme el paso feliz de este mundo al otro. Acuérdate de mí, Dios mío; por el camino recto llévame a tu reino. Amén.

Capítulo LVIII

NO INVESTIGAR COSAS PROFUNDAS, NI JUICIOS SECRETOS DE DIOS

1. *Cristo*: Hijo, cuídate de discutir acerca de materias profundas, y de juicios secretos de Dios: por qué se abandona a éste y se escoge a otro para una gracia tan grande; por qué se aflige tanto a uno, mientras que a otro se le exalta de modo tan eminente.

Tales cosas superan a toda capacidad humana; ninguna razón, ninguna discusión podrá bastar para investigar los juicios de Dios.

Cuando el enemigo te ponga tales pensamientos; o cuando ciertas personas curiosas te pregunten, respóndeles con aquella sentencia del profeta: «Justo eres, Señor; rectos son tus juicios». Y con aquello: «Los juicios del señor son verdaderos y justificados por sí mismos».

Mis juicios deben temerse, pero no discutirse; pues son incomprensibles al humano entendimiento.

Tampoco investigues, ni discutas, el mérito de los santos: cuál sea más santo, o cuál será mayor en el reino de los cielos. Tales cosas provocan frecuentes altercados y controversias inútiles, fomentan la soberbia y la vanagloria; de allí nacen envidias y discordias, porque el uno se empeña soberbiamente en anteponer un santo a otro, y el otro al revés.

Ningún provecho se saca de querer saber o investigar tales cosas; por el contrario, eso les disgusta a los santos, pues yo no soy Dios de discordia, sino de paz. Esa paz consiste más bien en la humildad verdadera que en la exaltación de sí mismo.

2. Cierta amor ardiente arrastra a algunos a venerar a unos santos más que a otros; pero tal afecto tiene más de humano que de divino.

Yo soy el creador de todos los santos: yo les di la gracia, yo los llevé a la gloria. Conozco los méritos de cada uno; me les anticipé con las bendiciones de mi amor.

Yo los predestiné antes de la eternidad de los si-

glos; yo los escogí de entre el mundo; no me escogieron ellos primero.

Yo los llamé por medio de la gracia, los atraje con la misericordia, los saqué avante por entre varias tentaciones. En su seno derramé magníficos consuelos, les di la perseverancia, premié su constancia.

3. Conozco desde el primero hasta el último; amo a todos con amor inefable.

A mí se me debe alabar en todos los santos; a mí se me debe bendecir sobre todas las cosas en cada uno de ellos, por haberlos predestinado y engrandecido tan gloriosamente, sin que para ello hubieran precedido ningunos méritos suyos.

El que desprecie a uno de mis pequeños, no honra tampoco al grande, pues yo hice al pequeño y al grande.

El que ofende a algún santo, también a mí me ofende y a los otros santos del reino de los cielos.

Todos son uno por el vínculo de la caridad; todos tienen el mismo sentir, el mismo querer, y todos se aman en uno.

4. Y lo que es todavía más sublime: a mí me aman más que a sí o a sus méritos. Arrebatados arriba de sí, y sacados fuera del amor a sí, se lanzan a amarme con todo su ser, y llenos de bienaventuranza reposan en ese amor.

No hay cosa que los pueda separar, ni hacer bajar; porque repletos de la eterna verdad arden en llamas de inextinguible caridad.

Callen, pues, esos hombres sensuales y carnales, y dejen de discutir del estado de los santos; esos hombres que sólo saben amar sus goces personales. Quitan y ponen conforme a su voluntad, no como le place a la eterna verdad.

5. En muchos es ignorancia; mayormente en aquellos que siendo poco iluminados, rara vez saben amar a alguien con puro amor espiritual.

Todavía se dejan arrastrar unos y otros por el afecto natural y la amistad humana; y como sienten de cosas terrenales, así se imaginan las cosas celestiales.

Mas hay una distancia incomparable entre los pensamientos de esos hombres imperfectos y los conocimientos que da la revelación celeste a hombres iluminados.

6. Hijo, guárdate, pues, de tratar curiosamente de cosas que superan tu ciencia. Antes cuida, procura con empeño, poder ser siquiera el más pequeño en el reino de los cielos.

Y todavía que alguno supiera qué santo es el más santo, o quién es el mayor en el reino de los cielos ¿qué provecho sacaría de tal conocimiento, si no se humillara ante mí por tenerlo y no se estimulara a dar mayor gloria a mi nombre? Mucho más agrada a Dios el que medita en la gravedad de sus pecados, y en la pequeñez de sus virtudes, en que lejos está de la perfección de los santos, que quien se mete en disputas sobre su grandeza o pequeñez. Es mejor invocar a los santos con férvidas plegarias

y lágrimas, implorando sus gloriosos sufragios con humildad, que entregarse a vanas investigaciones sobre sus secretos.

7. Los santos estarán bien contentos, si los hombres saben contentarse con lo que saben, suprimiendo insustanciales discursos.

Ellos no se glorían de sus propios méritos, porque ningún bien se atribuyen, sino todo a mí, que les he dado todo por mi amor infinito.

Tan llenos están del amor de Dios, y tan rebosantes de gozo, que no les falta nada de la gloria, ni puede faltarles nada de la felicidad.

Cuanto más sublimes en gloria son todos los santos, tanto más humildes son para sí mismos, y tanto más allegados y amados de mí.

Por eso está escrito que echaban sus coronas ante Dios, y «caían sobre sus rostros ante el Cordero, adorando al que vive por los siglos».

8. Hay muchos que preguntan cuál será el mayor en el reino de los cielos, ignorando si acaso merecerán contarse siquiera entre los más pequeños.

Es cosa grande el ser siquiera el más pequeño en el cielo; allá donde todos son grandes: porque todos serán llamados, y de veras serán, hijos de Dios. «Será el menor entre mil, y el pecador de cien años morirá».

Como los discípulos preguntaran al señor quién era el mayor en el reino de los cielos, esta respuesta escucharon: «Si no volvéis atrás, y os hacéis como

los niños, no entraréis en el reino de los cielos. El que se humille como este chiquito, será el más grande en el reino de los cielos».

9. ¡Ay de aquellos que se desdeñan de humillarse como los chiquitos, porque la puerta del reino de los cielos es bajita, y no podrán caber por ella!

¡Ay también de los ricos, los cuales tienen aquí sus placeres! Cuando entren los pobres al reino de los cielos, ellos se quedarán afuera llorando.

Gozaos, humildes; alegraos, pobres, porque vuestro es el reino de Dios; pero si caminais de acuerdo con la verdad.

Capítulo LIX

PONER EN DIOS TODA ESPERANZA Y CONFIANZA

1. *El alma fiel:* Señor, ¿cuál es la confianza que tengo en esta vida? ¿Cuál es mi mayor consuelo entre las cosas que miro bajo el cielo? ¿No eres tú, Señor Dios mío, cuya misericordia es infinita?

¿Dónde me ha ido bien sin ti? ¿Cuándo me pudo ir mal contigo?

Prefiero ser pobre por ti que rico sin ti.

Prefiero estar desterrado contigo en la tierra que poseer el cielo sin ti.

Donde tú estás, está el cielo. Donde tú no estás, allí están la muerte y el infierno.

Tú eres mi anhelo; por eso necesito suspirar por ti, gemir a ti, elevar mis súplicas a ti.

En fin, en ninguno puedo tener plena confianza de que con toda oportunidad me ayude en las necesidades; sólo en ti, mi único Dios.

Tú eres mi esperanza, tú eres mi confianza. Tú eres mi consolador fidelísimo en todas las circunstancias.

2. Todos buscan lo que les interesa: tú no pretendes más que mi salvación y mi progreso, tú haces que de todo me resulte bien.

Aunque me expones a diversas tentaciones y adversidades todo lo ordenas para mi utilidad. A ti, que sueles probar de mil modos a los que amas, en tales pruebas no se te debe amar y alabar menos que si me llenaras de consuelos celestiales.

3. Por tanto, Señor Dios, pongo en ti toda mi esperanza, todo mi refugio: a ti te confío todas mis tribulaciones y angustias; pues encuentro débil e inestable todo lo que miro fuera de ti.

Los muchos amigos no me servirán, los fuertes auxiliares no me podrán ayudar, los prudentes consejeros no podrán darme consejo útil, ni los libros de los maestros podrán consolarme, ni cosa alguna valiosa rescatarme, ni ningún lugar secreto y ameno podrá protegerme, si Tú personalmente no me excitas, me ayudas, me confortas, me consuelas, me instruyes y me guardas.

4. Efectivamente, todas las cosas que parecen conducir a la adquisición de la paz y de la dicha, estando tú ausente no valen nada, ni procuran en verdad ninguna dicha.

Tú eres, pues, el fin de todos los bienes, la sublimidad de la vida, la profundidad de la filosofía. La esperanza en ti sobre todas las cosas es el más intenso consuelo de tus servidores.

A ti elevo mis ojos, en ti confío, Dios mío, Padre compasivo. Bendice y santifica mi alma con bendiciones celestes, para que se convierta en santuario tuyo y trono de tu eterna gloria; que no se encuentre en tu templo santo cosa ninguna que ofenda a los ojos de tu majestad.

Conforme a la grandeza de tu bondad y a la mansedumbre de tu misericordia, mírame: escucha la plegaria de este pobre servidor tuyo que vive acá en lejanas tierras, en la región de la sombra de la muerte.

Protege y guarda el alma de este siervecillo tuyo por entre tantos peligros de esta vida mortal; dirígelo por el camino de la paz, acompañado de tu gracia, a la patria de la eterna claridad. Amén.

LIBRO IV

SACRAMENTO DEL ALTAR, AMABLE INVITACION A COMULGAR

Habla Cristo

«Venid a mí todos los que trabajáis y lleváis pesada carga, que yo os aliviare.

»La carne que yo dé es mi carne, para vida del mundo.

»Tomad y comed: éste es mi Cuerpo que será entregado por vuestro bien. Haced esto en memoria mía.

»El que come mi Carne y bebe mi Sangre permanece en mí, y yo en él.

»Las palabras que os he dicho son espíritu y vida».

Capítulo I

CON SUMO RESPETO DEBE RECIBIRSE A CRISTO

Habla el discípulo

1. Estas palabras son tuyas, oh Cristo, oh eterna verdad, aunque no las haya dicho todas en la misma ocasión, ni estén escritas todas en un mismo lugar. Como son tuyas, y como son verdad, debo recibirlas todas con gratitud y con fe.

Son tuyas, porque tú las dijiste, pero también son mías, porque para mi salvación las proferiste.

Con delicia las recibo de tu boca, para que penetren más hondo en mi corazón. Palabras tan amables, rebosantes de amor y de dulzura me enardecen; pero mis pecados personales me aterran; y de recibir tan grandes misterios mi impura conciencia me ahuyenta. La dulzura de tus palabras me llama; la muchedumbre de mis vicios con su peso me tiene oprimido.

2. Me mandas acercarme a ti confiadamente, si quiero tener parte contigo; me mandas recibir el alimento de la inmortalidad, si deseo alcanzar la vida eterna y la gloria.

Tú nos dices: «Venid a mi todos los que trabajáis y lleváis pesada carga, que yo os aliviaré». ¡Qué dulces y amables suenan en los oídos del pecador

estas palabras con que tú, Señor Dios mío, convidas al desvalido y pobre a recibir la comunión de tu Cuerpo sacrosanto!

Pero, ¿quién soy yo, Señor, para tener la osadía de arrimarme a ti? Mira cómo no cabes en los cielos de los cielos, y sin embargo, nos dices: «Venid a mí todos».

3. ¿Qué significa esta condescendencia bondadosísima, esta invitación tan amorosa?

¿Cómo tendré el atrevimiento de arrimarme, yo que no siento tener nada bueno que pudiera darme ánimo?

Yo que con tanta frecuencia he ofendido tu rostro amabilísimo, ¿cómo te haré pasar a mi casa?

Los ángeles y los arcángeles ante ti se postran reverentes; tiemblan los santos y los justos. Sin embargo, tú insistes: «Venid todos a mí». Si tú no lo dijeras, ¿quién podría creer que era cierto? Y si tú no lo mandarás, ¿quién intentaría acercarse?

4. Mira cómo Noé, aquel justo varón, gastó cien años en la construcción del Arca, para salvarse con unos cuantos en ella; ¿podré yo prepararme en una hora a recibir con respeto al artífice del mundo?

Moisés, aquel gran servidor e íntimo amigo tuyo, mandó hacer un arca de madera incorruptible, que después hizo revestir de oro purísimo, para guardar en ella las tablas de la ley; ¿podré yo, podrida criatura, animarme tan fácilmente a recibir al legislador y autor de la vida?

Salomón, sapientísimo entre los reyes de Israel, en siete años levantó un templo magnífico para engrandecer tu nombre.

Durante ocho días, consecutivos celebró la fiesta de la dedicación, sacrificó mil hostias pacíficas, y por fin, al sonoro toque de la trompeta, con solemnidad y gran alegría puso el arca de la alianza en su lugar.

Y yo, desdichado, el más miserable de los hombres, que apenas puedo pasar devotamente alguna media hora, ¿cómo te haré entrar en mi casa? ¡Y ojalá que siquiera una vez pasara media hora más o menos con devoción!

5. Dios mío, ¡cuánto se empeñaron ellos por agradarte! ¡Ay, qué poquito es lo que yo hago! ¡Qué corto tiempo gasto en disponerme a comulgar! ¡Rara vez todo recogido, rarísima vez totalmente libre de distracciones!

Y ciertamente, en la salvadora presencia de tu deidad no debiera ocurrirme ningún pensamiento inoportuno, ninguna criatura debiera ocupar mi atención: porque no es a un ángel, sino al Señor mismo de los ángeles, a quien voy a recibir como huésped.

6. Sin embargo, hay infinita distancia entre el arca de la alianza con sus memorias, y tu Cuerpo purísimo con sus virtudes inefables; entre aquellos sacrificios de la antigua ley, meros tipos del sacrificio futuro, y la real hostia de tu Cuerpo, fin y remate de todos aquellos sacrificios antiguos.

7. ¿Por qué, pues, no me enardezco más en tu presencia adorable? ¿Por qué no me preparo con más empeño a recibir tu santidad, cuando aquellos patriarcas, profetas, reyes y príncipes de la antigüedad, ellos con todo el pueblo, tan grande celo demostraron tener por el culto divino?

8. El fervoroso rey David bailó con toda la alegría de su alma, en la presencia del arca, recordando los beneficios hechos en tiempos atrás a sus mayores; mandó hacer instrumentos músicos de varias clases, compuso salmos, y dispuso que se cantaran con júbilo; él mismo los cantaba a menudo, acompañándose de la cítara, al soplo de la gracia del Espíritu Santo; enseñó al pueblo de Israel a alabar a Dios con toda el alma, a ensalzarlo y bendecirlo cada día en armonioso concierto de voces.

Si tanto fervor se tenía entonces, si con tanta gratitud se recordaban los beneficios de Dios a la vista del arca de la alianza, ¿cuánta piedad no debemos tener, yo y todo el pueblo cristiano, en la presencia del sacramento, en la recepción del divinísimo cuerpo de Cristo?

9. Corren muchos a diversos lugares para venerar las reliquias de los santos, admirados oyen contar sus vidas, recorren y miran aquellos santuarios vastos y magníficos, besan aquellos huesos sagrados envueltos en telas de seda y oro.

Y tú estás presente a mí, aquí sobre el altar: ¡Tú, Dios mío, santo de los santos, creador de los hombres, Señor de los ángeles!

Muchas veces lo que a los hombres mueve a ir a ver tales cosas es la curiosidad, la novedad de cosas que no han visto; por eso vuelven a casa con poco fruto, principalmente cuando se anda de acá para allá con tanta ligereza, sin contrición verdadera.

Pero aquí en el sacramento del altar estás presente todo, Dios mío y hombre, Cristo Jesús; aquí donde se percibe copioso fruto de salvación eterna siempre que digna y devotamente se te recibe.

Y a este sacramento no lleva la curiosidad, ni la ligereza, ni la atracción de los sentidos: lo que a él lleva es la fe firme, la esperanza segura, la caridad sincera.

10. ¡Oh Dios, creador invisible del universo mundo! ¡Qué maravillosamente obras con nosotros, y qué llenas de gracias son tus disposiciones respecto a tus elegidos, a quienes te ofreces para que te reciban!

Esto trasciende toda inteligencia; esto atrae singularmente los corazones de las personas piadosas y las hace arder en tu amor.

Tus fieles, los cristianos verdaderos, los que procuran enmendar toda su vida, en este sacramento excelso reciben a menudo ardiente gracia de devoción y abrasado amor a la virtud.

11. ¡Oh maravillosa y misteriosa gracia de este sacramento, sólo conocida de los fieles servidores de Cristo; gracia que los infieles, los esclavos del pecado jamás pueden sentir!

En este sacramento se infunde gracia al espíritu,

se repara en el alma la fuerza perdida, y recobra su belleza por el pecado empañada.

Es a veces tan potente esta gracia, que a causa de la plenitud de la piedad que se infunde, no solamente el alma, el mismo cuerpo miserable, siente recibir fuerzas mayores.

12. Dolor acerbo debe causar, y también confusión, nuestra negligencia y tibieza; porque no nos arrastra una devoción más ardiente a recibir a Cristo, en quien está toda la esperanza y el mérito de los que han de salvarse.

Cristo es nuestra santificación y nuestra redención; es el consuelo de los viajeros por este mundo; es el gozo sempiterno de los santos.

Luego debe causar vivo dolor que muchos hagan tan poco aprecio de este misterio de salvación, alegría del cielo y sostén del universo entero.

¡Oh, qué ceguedad de este corazón humano, qué dureza la suya, que no solamente no presta mayor atención a este don tan inefable, sino que del uso diario aun llegue a no advertirlo!

13. Porque si un solo sacerdote, y en un solo lugar del mundo, celebrara y consagrara este sacramento santísimo, ¿qué gran deseo no tendrían las gentes de acudir a ese lugar, y a ese sacerdote de Dios, para verlo celebrar los divinos misterios?

Pero ahora hay muchos ordenados sacerdotes en el mundo, y se ofrece a Cristo en muchos lugares, para que la gracia y el amor que Dios tiene a la humanidad se vean ser tanto más grandes, cuanto más

difundida se halla la sagrada comunión por el mundo.

Gracias, bondadoso Jesús, pastor eterno, por haberte dignado de nutrirnos con tu cuerpo y sangre preciosos; a nosotros infelices desterrados, invitándonos con tus mismas palabras a recibir estos misterios, al decimos: «Venid a mí todos los que trabajáis y lleváis pesada carga que yo os aliviaré».

Capítulo II

EN LA EUCARISTIA SE ENCUENTRA LA GRAN BONDAD Y CARIDAD DE DIOS

Habla el discípulo

1. Señor, confiando en tu bondad y gran misericordia me arrimo, yo enfermo, a ti mi salvador; yo hambriento y sediento, a ti manantial de la vida; yo pobre, al Rey del cielo; yo esclavo, a ti mi señor; yo criatura, a ti mi Creador; yo triste, a mi amable consolador.

Pero ¿cómo es que tú vienes a mí? ¿Quién soy yo para que tú te me des a ti mismo? ¿Cómo se atreve este pecador a comparecer ante ti? Y tú, ¿cómo tienes la condescendencia de venir a la casa de este pecador?

Tú conoces a tu siervo; de manera que sabes que no tiene ninguna cosa buena por la cual le concedas esto.

Confieso mi vileza, reconozco tu bondad, ensalzo tu misericordia, te rindo acciones de gracias por tu caridad infinita.

Tú haces esto en atención a ti mismo, no por ningunos méritos míos, para que tu bondad sea más evidente, se me infunda mayor caridad, y tenga mayor motivo para cultivar la humildad.

Como esto es lo que quieres, y así mandaste que se hiciera, a mí también me agrada tu condescendencia, y ojalá que mis pecados no me lo impidan.

2. Dulcísimo y bondadosísimo Jesús, ¡cuánto respeto se te debe tener, qué gracias tan humildes, con alabanzas eternas, se te deben dar por la recepción de tu Cuerpo sacrosanto, cuya sublimidad ninguna criatura es capaz de explicar!

Pero ¿qué pensamientos deberé tener al ir a comulgar, al arrimarme a mi Señor, a este Señor que no puedo adorar tan profundamente como debo, y a quien, a pesar de todo, quiero recibir con sentimientos de devoción?

¿Podré acaso tener pensamientos más propios y saludables que los de mi total humillación ante ti, exaltándote infinitamente sobre mí?

3. Te alabo, Dios mío, y te exalto eternamente. Me desprecio, y me someto a ti desde el abismo de mi vileza.